

que la cometiéron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura, que valentía habia sido la suya. Hizo el General lo que el Virey le pedia, porque no se executan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenía: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español, que se ha dicho, el qual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros christianos, porque él sabia donde, como y quando podia y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba: dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los christianos que habian de bogar el remo: fióse Ana Félix, y Ricote su padre dixo, que salia á dar el rescate de los christianos, si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se embarcó el Virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su

padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase, quanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entónces le habian sucedido.

La muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, y así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dixo Don Quixote á Don Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berberia con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho Don Gayfé-

ros á su esposa Melisendra. Advierta Vuesa Merced, dixo Sancho, oyendo esto, que el señor Don Gayféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á Don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quixote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita Vuesa Merced, dixo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran Don Quixote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partiéron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de Don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el Visorey de hacerlo así, como se lo pedía: y una mañana, saliendo Don Quixo-

te á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el qual llegando á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quixote, dixo: insigne caballero, y jamas, como se debe alabado, Don Quixote de la Mancha, yo soy *el Caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar, que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso, la qual verdad si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela, y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion, sino que dexando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu Lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque

así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma : y si tú me vencieres , quedará á tu discrecion mi cabeza , y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo ; y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor , y respóndeme luego , porque hoy todo el dia traygo de término para despachar este negocio. Don Quixote quedó suspenso y atonito , así de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna , como de la causa por que le desafiaba , y con reposo y ademan severo le respondió : Caballero de la Blanca Luna , cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia , yo os haré jurar , que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea , que si visto la hubierades , yo sé que procurarades no poner en esta demanda , porque su vista os desengañara , de que no ha habido , ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda : y así no diciéndoos que mentis , sino que no acertais en lo propuesto , con las condiciones que habeis referido acetó vuestro desafio , y luego , porque no se pase el dia que traeis determinado , y solo exceto de las condiciones , la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas , porque no sé quales , ni que tales sean : con las mías me contento,

tales quales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisierdes , que yo haré lo mesmo , y á quien Dios se la diere , San Pedro se la bendiga. Habian descubier-to de la ciudad al Caballero de la Blanca Luna y dichoselo al Visorey , que estaba hablando con Don Quixote de la Mancha. El Visorey , creyendo seria alguna nueva aventura , fabricada por Don Antonio Moreno , ó por otro algun caballero de la ciudad , salió luego á la playa con Don Antonio y con otros muchos caballeros , que le acompañaban , á tiempo quando Don Quixote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el Visorey , que daban los dos señales de volverse á encontrar , se puso en medio , preguntándoles , que era la causa , que les movía á hacer tan de improviso batalla. El Caballero de la Blanca Luna respondió , que era precedencia de hermosura , y en breves razones le dixo las mismas que habia dicho á Don Quixote , con la acetacion de las condiciones del desafio , hechas por entrámbas partes. Llegóse el Visorey á Don Antonio , y preguntóle paso , si sabia quien era el tal Caballero de la Blanca Luna , ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quixote. Don Antonio le res-

pondió, que ni sabía quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorey, en si les dexaria, ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio, sino confesar, ó morir, y el señor Don Quixote está en sus trece, y Vuesa Merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dénselo. Agració el de la Blanca Luna con cortesés y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quixote hizo lo mesmo, el qual encomendándose al Cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mesmo, y sin tocar trompeta, ni otro instrumento bélico, que les diese señal de arremeter, volvíeron entrámbos á un mesmo punto las riendas á sus caballos, y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quixote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propósito, que dió con Rocir-

nante y con Don Quixote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dixo: vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío. Don Quixote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dixo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire á su Lugar un año, ó hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertámos ántes de entrar en esta batalla. Todo esto oyéron el Visorey y Don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyéron asimismo que Don Quixote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria, como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió

las riendas el de la Blanca Luna, y haciéndole mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á Don Antonio, que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantáron á Don Quixote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro mal parado no se pudo mover por entónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse, ni que hacerse. Parecíale, que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus bazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría, ó no con trecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura, si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le lleváron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el Caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dexado á Don Quixote.

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia, quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió Don Antonio Morenó al Caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguieron muchos muchachos, hasta que le cerráron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baxa, y con él Don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quien fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna, que aquel caballero no le dexaba, le dixo: bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quien soy, y porque no hay para que negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco. Soy del mesmo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos quantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido he sido yo, y creyendo que está su salud en

su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le sali al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su Lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirs otra cosa alguna: suplicoos no me descubrais, ni le digais á Don Quixote quien soy.³³, porque tengan efecto los

buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dexen las sandeces de la caballería. ¡Ó señor! dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo, en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quixote, á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco, y si no fuese contra caridad, diria, que nunca sane Don Quixote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que qualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El qual respondió, que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso, y habiéndose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho,

luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo dia y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó Don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quixote se perdía el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quixote en el lecho, marri-do, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entré otras razones le dixo: señor mio, alce Vuesa Merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al Cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estracas, dé una liga al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dexémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos, y si bien se considera, yo soy aquí el mas pérdidoso, aunque es Vuesa

Merced el mas mal parado. Yo que dexé con el gobierno los deseos de ser mas Gobernador, no dexé la gana de ser Conde, que jamas tendrá efecto, si Vuesa Merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su caballeria, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane y algun Condado que darté. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza, que ruin posesion. En esto estaban, quando entró Don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: albricias, señor Don Quixote, que Don Gregorio y el renegado que fué por él, está en la playa ¿que digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto Don Quixote, y dixo: en verdad que estoy por decir, que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berberia, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á Don Gregorio, sino á quantos christianos cautivos hay en Berberia. Però ¿que

digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puedo tomar armas en un año? ¿Pues que prometo? ¿de que me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca, que de la espada? Déxese deso, señor, dixo Sancho: viva la gallina aunque con su pepta, que hoy por ti y mañana por mí, y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae, puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se dexé desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendenencias: y levántese Vuesa Merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta Don Gregorio y el renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de Don Antonio, y aunque Don Gregorio, quando le sacaron de Argel, fué con hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo: pero en qualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, ser vida y estimada, porque era hermoso so-

bremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete, ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas, que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio. Contó Don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mugeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró, que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado, como á los que habían bogado al remo. Reincorporóse y reduxose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el Visorey con Don Antonio que modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pa-

reciéndoles no ser de inconveniente alguno, que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender, que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dixo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores, ni en dádivas, porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, á quien dió Su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas, porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica, y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida execucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Árgos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los

nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heroica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal Don Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el Cielo lo que mas fuere servido, dixo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi muger en mi casa, ó en un monasterio, y yo sé que el señor Visorey gustará de quedar en la suya el buen Ricote hasta ver como yo negocio. El Visorey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dixo que en ninguna manera podia, ni queria dexar á Doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote y Sancho, que fué de allí á otros dos: que la caída

no le concedió, que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco, que le prestó Don Antonio, prometiéndole la paga dellos en la corte. Con esto se partiéron los dos, y Don Quixote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quixote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI.

*Que trata de lo que verá el que lo leyere,
ó lo oirá el que lo escuchare leer.*

Al salir de Barcelona volvió Don Quixote á mirar el sitio donde habia caído, y dixo: aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias: aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas: aquí se escurecieron mis hazañas: aquí finalmente cayó mi ventura, para jamas levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: tan de valientes razones es, señor mio, tener sufrimiento

en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si quando era Gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste: porque he oido decir, que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borracha y antojadiza y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba, ni á quien ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quixote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen á caso, sino por particular providencia de los Cielos, y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Quando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis

hechos, y agora quando soy escudero pedestre, acrentaré mis palabras, cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva, para volver al nunca de mí olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dexemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como Vuesa Merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quixote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas, ó al rededor dellas, grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

*Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldan á prueba.*

Todo, eso me parece de perlas, respondió Sancho, y si no fuera por la falta que pa-

ra el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni él, ni las armas, replicó Don Quixote, quiero que se ahorquen, porque no se diga, que á buen servicio mal galardón. Muy bien dice Vuesa Merced, respondió Sancho, porque segun ²⁴ opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso Vuesa Merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un Lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Quando llegaba á ellos Don Quixote, un labrador alzó la voz diciendo: alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Si diré por cierto, respondió Don Quixote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dixo el labrador, señor bueno, que

un vecino deste Lugar tan gordo , que pesa once arrobas , desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion , que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales , y habiéndole preguntado al desafiador , como se habia de igualar el peso dixo , que el desafiado , que pesa cinco arrobas , se pusiese seis de hierro á cuestras , y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no , dixo á esta sazón Sancho , ántes que Don Quixote respondiese : y á mí , que ha pocos dias que salí de ser Gobernador y Juez , como todo el mundo sabe , toca averiguar estas dudas , y dar parecer en todo pleyto. Responde en buen hora , dixo Don Quixote , Sancho amigo , que yo no estoy para dar migas á un gato , segun traygo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia , dixo Sancho á los labradores , que estaban muchos al rededor dél , la boca abierta , esperando la sentencia de la suya : hermanos , lo que el gordo pide no lleva camino , ni tiene sombra de justicia alguna , porque si es verdad lo que se dice , que el desafiado puede escoger las armas , no es bien que este las escoja tales , que le impidan , ni estorben el salir ven-

cedor : y así es mi parecer , que el gordo desafiador se escamonde , monde , entresaque , pula y atilde , y saque seis arrobas de sus carnes , de aquí , ó de allí de su cuerpo , como mejor le pareciere , y estuviere , y desta manera quedando en cinco arrobas de peso , se igualará y ajustará con las cinco de su contrario , y así podrán correr igualmente. Voto á tal , dixo un labrador , que escuchó la sentencia de Sancho , que este señor ha hablado como un bendito , y sentenciado como un Cánónigo ; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes , quanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran , respondió otro , porque el flaco no se mueva con el peso , ni el gordo se descarne , y échese la mitad de la apuesta en vino , y llevemos estos señores á la taberna de lo caro , y sobre mí la capa quando llueva. Yo , señores , respondió Don Quixote , os lo agradezco ; pero no puedo detenerme un punto , porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes y caminar mas que de paso : y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante , dexándolos admirados de haber visto y notado , así su extraña figura , como la discrecion de su

criado, que por tal juzgáron á Sancho, y otro de los labradores dixo ¿si el criado es tan discreto, qual debe de ser el amo? Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y quando ménos se piensa el y hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasáron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubier- to, y otro día siguiendo su camino viéron que hácia ellos venia un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el qual como llegó junto á Don Quixote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dixo con muestras de mucha alegría: ¡ó mi señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al co- razon de mi señor el Duque, quando se- rpa que Vuesa Merced vuelve á su casti- llo, que todavía se está en él con mi se- ñora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió Don Quixote, ni sé quien sois, si vos no me lo decís. Yo, señor Don Qui-

xote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no qui- se pelear con Vuesa Merced sobre el ca- samiento de la hija de Doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dixo Don Quixote: ¿es po- sible que sois vos el que los encantado- res mis enemigos transformáron en ese la- cayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bue- no, replicó el cartero, que no hubo en- canto alguno, ni mudanza de rostro nin- guna: tan lacayo Tosilos entré en la es- tacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme pa- recido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como Vue- sa Merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la mu- chacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envía mi amo. Si Vuesa Merced quiere un tragito, aunque calien- te, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé quantas rajitas de que- so de Tronchon, que servirán de llamati-

vo y despertador de la sed , si acaso está durmiendo. Quiero el embite , dixo Sancho , y échese el resto de la cortesía , y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuántos encantadores hay en las Indias. En fin , dixo Don Quixote , tú eres , Sancho , el mayor gloton del mundo , y el mayor ignorante de la tierra , pues no te persuades que este correo es encantado , y este Tosilos contrahecho : quédate con él , y hártate , que yo me iré adelante poco á poco , esperándote á que vengas. Rióse el lacayo , desenvaynó su calabaza , desalforjó sus rajas , y sacando un panecillo , él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde , y en buena paz y compañía despabiláron y diéron fondo con todo el repuesto de las alforjas , con tan buenos alientos , que lamieron el pliego de las cartas , solo porque oía á queso. Dixo Tosilos á Sancho : sin duda este tú amo , Sancho amigo , debe de ser un loco. ¿ Como debe ? respondió Sancho , no debe nada á nadie , que todo lo paga , y mas quando la moneda es locura : bien lo veo yo , y bien se lo digo á él ; pero ¿ que aprovecha ? y mas agora que va rematado , porque va vendido del Caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le había su-

cedido ; pero Sancho le respondió , que era descortesía dexar que su amo le esperase , que otro día , si se encontrasen , habría lugar para ello : y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas , antecogió al rucio , y diciendo , á Dios , dexó á Tosilos y alcanzó á su amo , que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quixote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa , con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quixote ántes de ser derribado , muchos mas le fatigáron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba , como se ha dicho , y allí como moscas á la miel le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea , y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho , y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿ Es posible , le dixo Don Quixote , que todavía,

ó Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores, que me persiguen. Pero dime agora; preguntaste á ese Tosilos que dices, que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dexado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor ¿está Vuesa Merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quisome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldixome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba: que las iras de los amantes sue-

len parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados; que es como si dixésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo ménos yo osaré jurar que en quantas historias Vuesa Merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por si, ó por no, yo me los daré quando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarle. Dios lo haga, respondió Don Quixote, y los Cielos te dén gracia para que caygas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi seño-

ra, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mesmo sitio y lugar donde fuéron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quixote, y dixo á Sancho: este es el prado donde topámos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral exercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quixotiz, y tú el pastor Pancino, nos andáremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el ayre claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche,

gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Pardiez, dixo Sancho, que me ha quadrado y aun esquinado tal género de vida, y mas que no la ha de haber aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el Barbero, quando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el Barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al Cura no sé que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podrémos escoger sus nombres, y pues el de mi señora quadrá, así al de pastora, como al de Princesa, no hay para que cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho,

pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen exemplo, y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dixo Don Quixote, y que vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Que de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, que de gaytas zamoranas, que de tamborines y que de sonajas y que de rabeles. ¿Pues que si entre ³⁵ estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Que son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió Don Quixote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable, ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta y del tamborin, y este nombre albogues es morisco,

como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhuzema*, ³⁶ *almaten*, *alcancia*, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son *moriscos* y acababan en *i*, y son *borceguá*, *zaquizamí*, y *maravedí*: *alhelí* y *aljaquí*, tanto por el *al* primero, como por el *i*, en que acababan, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á practicar ³⁷ con perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien Maese Nicolas, no dudo en ello, porque todos, ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia: tú te alabarás de firme enamorado: el pastor Carrascon de desdeñado, y el Cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andarás la cosa que no haya mas que desear. Á lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgra-

ciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea. ¡Ó que polidas cucharas tengo de hacer quando pastor me vea! ¡Que de migas, que de natas, que de guirnaldas y que de zarandajas pastoriles! que puesto que no me grangeén fama de discreto, no dexarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y volviese trasquilada: y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales chozas, como por los reales palacios, y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazón que no quiebra, y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento: y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero pareceme que es predicar en desierto: y, castigame mi madre, y yo trompégelas. Paréceme, respondió Sancho, que Vuesa Merced es como lo

que dicen: dixo la sartén á la caldera, quitate allá ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos Vuesa Merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió Don Quixote, yo traygo los refranes á propósito, y vienen quando los digo, como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías: y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dexémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasáremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenáron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando,

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quixote.

Era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antipodas, y dexa los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de Don Quixote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dixo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino, que eres hecho de mármol, ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno. Yo velo quando tú duermes, yo lloro quando cantas, yo me desmayo de ayuno, quando tú estas perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien pare-

cer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desviate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido dare trecientos, ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando desde agora principio al exercicio pastoral, que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni ménos me parece, que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa Merced me dexé dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡Ó alma endurecida! ó escudero sin piedad! ¡ó pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto Gobernador, y por

mí te ves con esperanzas propinquas de ser Conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de quanto tarde en pasar este año, que yo: *post tenebras spero lucem*. No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria, y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el Rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oído hablar, Sancho, dixo Don Quixote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á Vuesa Merced se le caen de la boca de dos en dos

mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de Vuesa Merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban, quando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pie Don Quixote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debaxo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo ménos al uno, que al otro ya se sabe su valentia. Es pues el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quixote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quixote, ni á la de Sancho, pasáron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á Don Quixote, si-

no llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quixote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos: que ya habia conocido que lo eran. Don Quixote le dixo: déxalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del Cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollowen puercos. También debe de ser castigo del Cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncan moscas; los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la quarta generacion. Pero ¿que tienen que ver los Panzas con los Quixotes? Ahora bien tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medrarémos. Duerme tú, Sancho, respondió Don Quixote, que

naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aqui al dia, daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un Madrigalete, que sin que tú lo sepas, á noche compuse en la memoria. Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos: Vuesa Merced coplée quanto quisiere, que yo dormiré quanto pudiere, y luego tomando en el suelo quanto quiso, se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quixote arrimado á un tronco de una haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mesmos suspiros cantó desta suerte:

*Amor, quando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡O condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!*

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó, y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldixo la piara y aun mas adelante. Finalmente volviéron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde viéron que hacía ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y quatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de Don Quixote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse Don Quixote á Sancho, y dixole: si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podria ser fue-se otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á Don Quixote, y se las pusie-

ron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino, y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguiéron los pasos del que llevaba á Don Quixote, el qual dos ó tres veces quiso preguntar adonde le llevaban, ó que querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, quando se los iban á cerrar con los yerros de las lanzas: y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de á pie con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas, ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyéron, que de quando en quando les decian: caminad, trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿nosotros, tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen, cita, cita?

No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y oxalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quixote embelesado, sin poder atinar con quantos discursos hacia, que serian aquellos nombres llenos de vituperios, que les ponian, de los quales sacaba en limpio, no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció Don Quixote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dixo así como conoció la estancia, y ¿que será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera, que les acrecentó la admiracion, y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso, que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quixote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebataadamente á Sancho y á Don Quixote, los entraron en el patio, al rededor del qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del qual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas

un ramo de amarilla y vencedora palma. Á un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos Reyes, ya verdaderos, ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subía por algunas gradas estaban otras dos sillas, sobre las quales los que truxéron los presos sentáron á Don Quixote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos, que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran, callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subiéron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fuéron conocidos de Don Quixote, ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los quales se sentáron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecían Reyes. ¿Quien no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo, era el de la hermosa Altsidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro, se levantáron Don Quixote y Sancho y les hicieron una profunda humillacion, y los

Duques hicieron lo mesmo inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocacá negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuzá, le puso en la cabeza una corozá, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díxole al oído, que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza, ó le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abáxo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la corozá, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábase tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debaxo del túmulo un son-sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra junto á la almohada del, al parecer, cadáver un hermoso mancebo, vestido á lo romano,

que al son de una arpa , que él mismo tocaba , cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias :

*En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quixote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia,
Con mejor plectro , que el cantor de Tracia.*

*Y aun no se me figura , que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á ti debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá , y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.*

No mas , dixo á esta sazón uno de los dos que parecían Reyes : no mas , cantor divino , que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora , no muerta , como el mundo ignorante piensa , sino viva en las lenguas de la fama , y en la pena , que para volverla á la perdida luz ha de pasar

Sancho Panza , que está presente : y así , ó tú ^{3º} Radamanto , que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite , pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado , acerca de volver en sí esta doncella , dilo y decláralo luego , porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Mimos , juez y compañero de Radamanto , quando levantándose en pie Radamanto , dixo : ea , ministros desta casa , altos y baxos , grandes y chicos , acudid unos tras otros , y sellad el rostro de Sancho con veinte y quatro mamonas , y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos , que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo qual Sancho Panza , rompió el silencio y dixo : voto á tal , así me dexé yo sellar el rostro , ni manosearme la cara ; como volverme moro. ¿ Cuerpo de mí ! ¿ que tiene que ver manosearme el rostro , con la resurreccion desta doncella ? Regostóse la vieja á los bledos : encantan á Dulcinea , y azotanme para que se desencante : muérese Altisidora de males que Dios quiso darle , y hanla de resucitar hacerme á mi veinte y quatro mamonas , y acribarme el cuerpo á alfilerazos , y acardenalarme los bra-

zos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus. Morirás, dixo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: bien podré yo dexarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gáténme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácneme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo,

Rompió tambien el silencio Don Quixote, diciendo á Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al Cielo, por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, quando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Ménos cortesía, ménos mudas, señora dueña, dixo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le selláron, y otra mucha gente de casa le pellizcáron; pero lo que él no pudo sufrir, fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo qual por los circunstantes, casi todos á una voz dixéron: vi-

va es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho, que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como Don Quixote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes, que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. ³⁹ Ahora, digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. Á lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno sería, que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer, sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déxenme, si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantá-

ronse los Duques y los Reyes Míno y Radamanto, y todos juntos con Don Quixote y Sancho fuéron á recibir á Altisidora, y á baxarla del túmulo, la qual haciendo de la desmayada se inclinó á los Duques y á los Reyes, y mirando de traves á Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdona, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mí parecer, mas de mil años: y á ti, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la corza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque, que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque, que le dexasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra, por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dexarian, que ya sabia él quan grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don

Quixote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola, en el mesmo aposento de Don Quixote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dexar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dexaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salíole su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, quando dixo: ¿que te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altsidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento

bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora buena, quando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dexárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdenné en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altsidora, doncella mas antojadiza, que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente, que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á Vuesa Merced, me dexé dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duérme, Sancho amigo, respondió Don Quixote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y toro á suplicar á Vuesa Merced me dexé dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dixo Don Quixote, y Dios te

acompañe. Durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, que les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice, que no habiéndosele olvidado al Bachiller Sanson Carrasco quando el Caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del page que llevó la carta y presente á Teresa Panza muger de Sancho, adonde Don Quixote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que Don Quixote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza: Dixole así mismo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á

entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la Duquesa su muger habia dado á entender á Sancho, que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como el extremo de la locura de Don Quixote. Pidióle el Duque, que si le hallase y le venciese, ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el Bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contósele todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quixote volvia á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea: en el qual tiempo podia ser, dixo el Bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima, que un hidalgo tan bien entendido, como Don Quixote, fuese loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió á su Lugar, esperando en él á Don Quixote, que tras él venia. De aquí tomó ocasion el Duque de

hacerle aquella burla : tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quixote , y hizo tomar los caminos cerca y lejos de el castillo por todas las partes que imaginó que podría volver Don Quixote , con muchos criados suyos de á pie y de á caballo , para que por fuerza , ó de grado le truxesen al castillo , si le hallasen. Halláronle , diéron aviso al Duque , el qual ya prevenido de todo lo que habia de hacer , así como tuvo noticia de su llegada , mandó encender las hachas y las luminarias del patio , y poner á Altisidora sobre el túmulo , con todos los aparatos que se han contado , tan al vivo y tan bien hechos , que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia : y dice mas Cide Hamete , que tiene para sí ser tan locos los burladores , como los burlados , y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos , pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos , los cuales el uno durmiendo á sueño suelto , y el otro velando á pensamientos desatados , les tomó el dia y la gana de levantarse : que las ociosas plumas , ni vencido , ni vencedor , jamas diéron gusto á Don Quixote. Altisidora , en la opinion de Don Quixote vuelta de muerte á vida , siguiendo el hu-

mor de sus señores , coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia , y vestida una tunicela de tafetan blanco , sembrada de flores de oro , y sueltos los cabellos por las espaldas , arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano , entró en el aposento de Don Quixote , con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama , muda la lengua , sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera , y despues de haber dado un gran suspiro , con voz tierna y debilitada le dixo : quando las mugeres principales , y las recatadas doncellas atropellan por la honra , y dan licencia á la lengua , que rompa por todo inconveniente , dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra , en estrecho término se hallan. Yo , señor Don Quixote de la Mancha , soy una destas , apretada , vencida y enamorada ; pero con todo esto sufrida y honesta , tanto , que por serlo tanto , reventó mi alma por mi silencio , y perdí la vida. Dos dias ha que la consideracion del rigor con que me has tratado ; ó mas duro que mármol á mis quejas , empedernido caballero ! he estado muerta , ó á lo ménos juzgada

por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dixo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿que es lo que vió en el otro mundo? ¿que hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí morir del todo, pues no entré en el infierno, que si allá entrara, uná por uná no pudiera salir dél, aunque quisiera. La verdad es, que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué, que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pe-

ro esto no me admiró tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos jueguen, ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen, ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora, mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiere decir me admiró entónces) y fué, que al primer boleó no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. Á uno dellos, nuevo y flamante y bien enquadernado, le diéron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparciéron las hojas. Dixo un diablo á otro: mirad que libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la *Segunda parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hameté su primer autor, sino por un Aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el prime-

ro, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á Don Quixote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dixo Don Quixote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír, que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida, pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote: muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma

tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este, para que os retireis en los limites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo qual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dixo: vive el Señor, Don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado, quando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, Don vencido, y Don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos habia de dexar que me doliese un negro de la uña, quanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dixo Sancho, que esto del morirse los enamorados, es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el qual haciendo una gran reverencia á Don Quixote, dixo: Vuesa Merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos dias, que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Qui-

xote le respondió : Vuesa Merced me diga quien es , porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche ántes. Por cierto , replicó Don Quixote , que Vuesa Merced tiene extremada voz ; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito , porque ¿ que tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora ? No se maraville Vuesa Merced deso , respondió el músico , que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere , y hurte de quien quisiere , venga , ó no venga á pelo de su intento , y ya no hay necedad , que canten , ó escriban , que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera Don Quixote , pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa , que entráron á verle , entre los quales pasáron una larga y dulce plática , en la qual dixo Sancho tantos donayres y tantas malicias , que dexáron de nuevo admirados á los Duques , así con su simplicidad , como con su agudeza. Don Quixote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia , pues á los vencidos caballeros como él , mas les convenia habitar una zahurda , que ^{4o} no reales palacios. Diéronsela de muy buena

gana , y la Duquesa le preguntó , si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió , señora mia , sepa Vuestra Señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad , cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí , que se usan randas en el infierno , y pues ella las debe de saber hacer , no las dexé de la mano , que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen , ó imágenes de lo que bien quiere : y esta es la verdad , este mi parecer , y este es mi consejo. Y el mio , añadió Sancho , pues no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto : que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas , que en pensar en sus amores. Por mí lo digo , pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo , digo de mi Teresa Panza , á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien , Sancho , dixo la Duquesa , y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca , que la sabe hacer por extremo. No hay para que , señora , respondió Altisidora , usar dese remedio , pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco , me le

borrarán de la memoria sin otro artificio alguno, y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dixo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento. Mándote yo, dixo Sancho; pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmiigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse Don Quixote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quixote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia

mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dixo á su amo: en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el qual hay fisicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado, y á mí, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el Cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quixote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es gratis da-